CIUDAD DE LUIS ROSALES

Me hablaban de esta luz; hermosa es, sin duda;
todo está invadido por ella,
pero de esta ciudad yo amo más el sonido,
su recreo de voces remotas.

Lo que miro desde esta altura
entre cipreses gráciles y murallas bermejas,
no sería tan bello si no lo acompañase
este caudal de sonidos perfectos.

Todo adquiere valor de música en Granada:
las voces claras de los niños,
el ladrido lejano, la guitarra perdida,
el rebuzno entre las chumberas.

Desde este mirador veo bullir el mundo,
figuras tan pequeñas, abajo, en la llanura.

Los árboles, las tejas, el agua se suavizan,
mas lo que aquí me gusta —¡qué raro!— son los ruidos.

Los gritos de la madre que no parecen gritos,
sino lamentos o alegrías; la voz del arriero
que desde aquí se oye como una melodía
guiando el paso de su recua.

La campana (¿de cuál iglesia ante mis ojos?)
que cubre con un palio de armonía las cosas;
ese ruido de un tren que no se ve pasar,
y la brisa en los surtidores.

La voz del agua, cerca. Nadie ha dicho palabras
de amor como las dice el arriate;
nadie ha sabido acariciar lo mismo
que la corriente toca esa rama en su orilla.

Todo es hermoso; dulce se ensancha el corazón:
ojos llenos de lenta luz, olor de vida;
pero a mí regaladme esta mezcla de voces:
ladrido, cacareo, llanto, campana, grito,
yunque, pregón, trompeta y fuente.

JOSE MARIA SOUVIRON